

MÉXICO Y LA GUERRA CIVIL ESPAÑOLA

LA VOZ DE LOS INTELECTUALES

MIGUEL ÁNGEL FERIA
Introducción, estudio y edición



PUNTO DE VISTA EDITORES

Colección Hispanoamérica y la guerra civil española. La voz de los intelectuales
(Segunda época), volumen 12

Director: Niall Binns

© De la introducción, el estudio y la edición, Miguel Ángel Feria, 2022

© De esta edición, Festina Lente Ediciones, S. L. U., 2022

Todos los derechos reservados.

Se ha tratado de localizar a los diferentes autores o, en su caso, a sus respectivos herederos. No siempre ha sido posible. Para cualquier comunicación sobre este asunto, por favor, póngase en contacto con Punto de Vista Editores.

Primera edición: diciembre, 2022

Publicado por Punto de Vista Editores

C/ Mesón de Paredes, 73

28012 (Madrid, España)

info@puntodevistaeditores.com

puntodevistaeditores.com

@puntodevistaed

La investigación y la publicación de este libro son el fruto directo del proyecto I+D+i, «El impacto de la Guerra Civil Española en la vida intelectual de Hispanoamérica», financiado a partir de 2019 por FEDER/Ministerio de Ciencia e Innovación – Agencia Estatal de Investigación (ref.: PGC2018-098590-B-I00).

Diseño de cubierta: Víctor Montalbán | Montalbán Estudio Gráfico

Coordinación editorial: Miguel S. Salas

ISBN: 978-84-18322-86-0

Thema: NHD, 3MPBGJ-ES-B, 1KLCM

Depósito legal: M-28229-2022

Impreso en España — *Printed in Spain*

Artes Gráficas Cofás, Móstoles (Madrid)

Este libro ha sido impreso en papel ecológico, cuya materia prima proviene de una gestión forestal sostenible.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser efectuada con la autorización de los titulares, con excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. www.conlicencia.com

Sumario

SOBRE LA COLECCIÓN HISPANOAMÉRICA Y LA GUERRA CIVIL ESPAÑOLA	17
EN EL ARDIENTE AMANECER DEL MUNDO	19
México en la «Década roja»	23
De Madre Patria a hermana roja: la proclamación de la II República española en México y su repercusión en las relaciones bilaterales	27
La postura institucional del Gobierno cardenista y de las izquierdas mexicanas frente a la guerra civil	34
Mexicanos a favor de Franco	43
La trinchera periodística	56
La Embajada de México en Madrid y la crisis de los refugiados	61
Tinta roja y tinta azul. Los intelectuales mexicanos y la guerra de España	68
El final de la guerra	83
Agradecimientos	86
Obras citadas	87
DOCUMENTOS	
PEDRO DE ALBA	95
«Desde Madrid. Revolución»	96
DAVID ALFARO SIQUEIROS	100
«Como jefe de la brigada motorizada...»	111
ANTONIO ANCONA ALBERTOS («MÓNICO NECK»)	116
«200 bombas. 500 niños»	117
ANGÉLICA ARENAL	120
«Aspectos de la retaguardia en la España Leal»	122
<i>AYUDA! BOLETÍN DEL COMITÉ DE AYUDA A LOS NIÑOS DEL PUEBLO ESPAÑOL</i>	126
«Abrazo de hermanos a los niños españoles»	127
GONZALO BÁEZ CAMARGO («PEDRO GRINGOIRE»)	130
«La alternativa trágica de España»	130

EUGENIO BALMORI MARTÍNEZ	135
«Mexicanos en España»	135
OSWALDO BAQUEIRO ANDUZE	139
«El good bye de León Felipe»	139
SERAPIO BAQUEIRO BARRERA («PARSIFAL»)	142
«Pasionarias»	142
ROBERTO BARRIOS	145
«Mi entrevista con el general Franco»	145
NARCISO BASSOLS GARCÍA	150
«La voz de México en Ginebra»	154
«México ante España»	156
JUAN DE DIOS BOJÓRQUEZ («DJED BÓRQUEZ»)	162
«Revolución española y experiencia mexicana»	163
ANITA BRENNER	167
De «España en su momento decisivo» [traducción de Antonio Cruz y Nieves]	167
MIGUEL BUSTOS CERECEDO	170
«España»	171
JUAN DE LA CABADA	173
«Mañico»	181
LAURO G. CALOCA	186
«El proceso de las igualdades sociales»	186
RAÚL CARRANCÁ TRUJILLO	190
«España mártir»	190
CLAVE	200
«La tragedia española»	200
LUIS CÓRDOVA	203
«Repercusiones de la rebelión española en México»	203
TOMÁS CÓRDOVA	212
«España»	212
RICARDO CORTÉS TAMAYO	214
«Diplomacia de la cobardía»	214

JORGE JUAN CRESPO DE LA SERNA	218
«Picasso antifascista»	218
CONFEDERACIÓN DE TRABAJADORES DE MÉXICO	221
«El proletariado mexicano y la guerra de España» (1936)	223
«Inmigrantes de la España republicana» (1939)	224
ARMANDO CHÁVEZ CAMACHO	226
«La reconquista de España»	226
LUIS CHÁVEZ OROZCO	230
«Una paradoja trágica»	230
BALTASAR DROMUNDO	234
«España rediviva»	234
JOSÉ ELGUERO	238
«México y la guerra civil española»	238
<i>EL MACHETE</i>	242
«La agresión a España»	244
<i>EL NACIONAL</i>	246
«España contra la reacción»	246
<i>EL POPULAR</i>	250
«No pasarán»	250
«Los combatientes mexicanos en España»	252
<i>EL REFORMADOR</i>	254
«No, Sr. Profesor Ramos Pedrueza... Los indios no irán a defender a los españoles»	255
<i>EL TORNILLO</i>	256
«¡Todo para los milicianos! Y a los mexicanos que les muerda un perro»	258
<i>EL UNIVERSAL</i>	260
«El arribo de agitadores españoles»	260
HORACIO ESPINOSA ALTAMIRANO	264
«Romance de la Guerra Civil Española»	264
GENARO ESTRADA	267
«Afirmación de la República»	268

<i>EXCÉLSIOR</i>	273
«El drama español»	274
ISIDRO FABELA ALFARO	278
«Carta núm. 1»	279
FRANCISCO JOSÉ FERNÁNDEZ DE CEVALLOS MARTÍNEZ	289
«España heroica y eterna»	289
GENARO FERNÁNDEZ MACGREGOR	292
«La crueldad de la guerra»	292
<i>FRENTE A FRENTE</i>	296
«Salud al heroico Madrid»	300
<i>FUTURO</i>	303
«Homenaje a España»	304
FERNANDO GAMBOA	307
«El soldado Antonio Pujol, pintor mexicano»	310
SUSANA GAMBOA [SUSANA STEEL]	316
«1º de mayo en España»	320
NEMESIO GARCÍA NARANJO	322
«Los intelectuales de la Revolución Española»	323
ANDRÉS GARCÍA SALGADO	327
«Paz sin honor en España»	328
ELENA GARRO	335
<i>de Memorias de España 1937</i>	337
BERNARDO J. GASTÉLUM	339
«La respuesta de la esfinge»	339
JORGE DE GODOY	344
«Inexorablemente»	344
ALEJANDRO GÓMEZ MAGANDA	346
«Frente de Madrid»	346
EFRAÍN GONZÁLEZ LUNA	350
«Pasión y destino de España»	350
ENRIQUE GONZÁLEZ MARTÍNEZ	363
«El crimen de España»	364

FÉLIX GORDÓN ORDÁS	368
«La rebelión fascista en España. Discurso pronunciado por el C. Gordón Ordaz [<i>sic</i>], embajador de España, en el Mitin que tuvo lugar en el Teatro Principal el día 26 de julio de 1936»	370
<i>Hoy</i>	377
«Un paso al frente»	377
EFRAÍN HUERTA	381
«El mar y la muerte de García Lorca»	386
«Ellos están aquí»	387
XAVIER ICAZA	390
«En España se libra nuestra lucha»	390
ANDRÉS IDUARTE	394
«La Revolución mexicana y la Revolución española»	395
«América en la guerra de España»	399
MARÍA JESÚS INDART	405
«España antes de la rebelión de Franco»	405
ALFONSO JUNCO	409
«La infancia trágica»	410
DANIEL KURI BREÑA	413
«El suicidio de España»	413
LUIS LARA Y PARDO	416
«La interminable tortura de España»	416
<i>LA OPINIÓN</i>	420
«¿Quién pagará el garbanzo?»	421
<i>LA PRENSA</i>	424
«México: franco, leal y definido»	425
<i>LA REACCIÓN</i>	427
Cartas al Director, «A ver qué dice el Señor Presidente»	428
<i>LA VOZ DE MÉXICO</i>	430
«Ayuda a España»	431
GERMÁN LIST ARZUBIDE	434
«La caperucita roja en Madrid: comedia para teatro guiñol original de Germán List Arzubide»	436

VICENTE LOMBARDO TOLEDANO	442
«Discurso pronunciado por el Lic. Vicente Lombardo Toledano en el Mitin que tuvo lugar en el Teatro Principal de la Ciudad de México el día 26 de julio de 1936»	442
RAFAEL LÓPEZ	449
«La crisis española»	449
CLEMENTE LÓPEZ TRUJILLO	452
«Cavando en el abismo»	453
LUX	456
«Una carta de España»	457
ERNESTO MADERO VÁZQUEZ	458
«El heroísmo español»	458
ANTONIO MAGAÑA ESQUIVEL	463
«Hijos de España»	463
MAURICIO MAGDALENO	466
«Frente al crimen»	467
JOSÉ MANCISIDOR	473
«México en España»	482
de <i>De una madre española</i>	491
MANUEL MAPLES ARCE	495
«Palabras de Manuel Maples Arce, ministro de México en Varsovia»	499
«España 1936»	500
RICARDO MIMENZA CASTILLO	502
«La muerte de D. Miguel de Unamuno»	503
JUAN MIGUEL DE MORA VAQUERIZO	505
de <i>La libertad, Sancho: testimonio de un soldado de las Brigadas Internacionales</i>	507
LAMBERTO MORENO JASO	509
«Los niños españoles. La escuela España-México frente al juicio de la prensa»	509
GERARDO MURILLO CORONADO («Dr. ATL»)	513
«Errores fundamentales de nuestra política internacional»	514

OCTAVIO NOVARO FIORA	519
«Oración fúnebre por un mexicano»	520
SALVADOR NOVO	522
De «Eficacia, dinamismo»	523
GUSTAVO ORTIZ HERNÁN	525
«Escaparate. Breve elegía por la España heroica»	526
SALVADOR ORTIZ VIDALES	529
«España mártir»	529
CIRIACO PACHECO CALVO («CARLOS CALVO»)	532
«En el frente de guerra»	532
FÉLIX FULGENCIO PALAVICINI	536
«Cómo terminará la guerra en España»	537
EDUARDO PALLARES PORTILLO	542
«La audacia marxista»	544
OCTAVIO PAZ	548
<i>¡No pasarán!</i>	565
«Otra vez España»	567
CARLOS PELLICER	570
«Segundo Congreso Internacional de Escritores (Discurso)»	576
«Pellicer en España» [Entrevista con Carlos Deambrosis Martins]	577
LEOPOLDO PENICHE VALLADO	581
De «Grandeza y martirio de la Republica española»	581
CARLOS PEREYRA	587
«Apología sincera»	587
JORGE PRIETO LAURENS	593
«El programa de los nacionalistas españoles es realmente socialista»	593
ENRIQUE RAMÍREZ Y RAMÍREZ	596
De «Carta de un joven a José Vasconcelos»	597
LEOPOLDO RAMOS	612
«España, madre nuestra»	613

JOSÉ REVUELTAS	615
«Aniversario de sangre»	616
«Profecía de España»	619
SILVESTRE REVUELTAS	622
«Por radio, Madrid, el 13 de septiembre de 1937»	634
«Fragmento de un diario en España republicana»	635
ALFONSO REYES	642
«Cantata en la tumba de Federico García Lorca»	644
«El llanto de España»	648
RODOLFO REYES	651
«Mirando a España. Justicia roja»	653
MANUEL ANTONIO ROMERO ZURITA («GASTÓN LAFARGA»)	657
«México y España»	658
«México en España»	660
RUTA	667
«Camaradas escritores»	667
RUBÉN SALAZAR MALLÉN	669
«Cambio de táctica»	673
«Inminencia de los parásitos»	676
JUAN SÁNCHEZ AZCONA	680
«Madrid-Montserrat-Valencia»	680
NÉSTOR SÁNCHEZ HERNÁNDEZ	683
«El pueblo español no ha sido derrotado»	685
«La vida en los frentes de guerra»	690
LUIS SANDI	693
«Manuel de Falla»	694
RAFAEL SOLANA	696
«Viene un navío cargado de...»	698
MATEO SOLANA GUTIÉRREZ	701
De «Azaña y Robespierre»	701
XAVIER SORONDO	703
«La falda y la guerra»	703

JOSÉ JUAN TABLADA	706
«México de día y de noche»	706
«México de día y de noche»	709
TALLER POÉTICO / TALLER	712
«La luz en el destierro» [Rafael Vega Albela]	713
HUMBERTO TEJERA	717
«Nuestra España»	718
BLANCA LYDIA TREJO	722
<i>De Lo que vi en España</i>	726
LEÓN TROTSKY	730
De «La lección de España, la última advertencia»	731
LORENZO TURRENT ROZAS	744
«Aviones»	745
U.O. REVISTA DE CULTURA MODERNA	748
«Notas del mes. El triunfo de las izquierdas españolas»	748
«Tribuna de la Universidad. La semana dedicada a España»	749
ENRIQUE UTHOFF	751
<i>de Rayo en la encina. En el umbral de la tragedia europea</i> [Acto III, cuadro segundo]	754
ELVIRA VARGAS	757
«España en Nueva York»	757
JOSÉ VASCONCELOS	760
«La odiosa situación española»	767
«Diez mil reformistas en España»	771
ELENA VÁZQUEZ GÓMEZ	775
«Guerra civil, no; guerra de invasión»	776
MARÍA LUISA VERA	780
«España roja»	782
VÍCTOR MANUEL VILLASEÑOR	786
De «Las lecciones del Frente Popular»	787
FRANCISCO ZAMORA PADILLA	790
«Dos revoluciones»	791

RAFAEL ZUBARÁN CAPMANY	795
«Cómo terminar la contienda civil en España»	795
<i>MANIFIESTOS</i>	800
«Ayuda a España»	800
«Hablan los intelectuales de todo el mundo. México»	802

Sobre la colección

Hispanoamérica y la guerra civil española

Miguel de Unamuno, en su fatídico discurso del 12 de octubre de 1936, afirmó que «la nuestra es solo una guerra incivil», y la verdad es que la guerra que desgarró España entre julio de 1936 y abril de 1939 no era ni civil ni española. Cada país de Occidente reaccionó al conflicto con una intensidad hoy difícil de imaginar. En la lejana retaguardia de Hispanoamérica, sobre todo, la lucha se vivió y se sufrió como si fuese en carne propia. Cinco años de republicanismo habían convertido la antigua madre patria en un espejo donde podían verse reflejados muchos de los temores y aspiraciones de las repúblicas hispanoamericanas. En ese espejo, trizado por la guerra a partir de julio de 1936, miraban y se miraban, espantados y esperanzados, políticos, intelectuales y amplios sectores de la población, movilizados como nunca en un contexto de extrema agitación. Cada país se escindió en disputas airadas, apasionadas, en torno a la guerra y a las nociones de la sociedad y del ser hispano defendidas y encarnadas por los distintos bandos: republicanos, socialistas, comunistas y anarquistas, por un lado; conservadores, católicos y fascistas, por el otro. Nunca, en Hispanoamérica, se ha escrito tanto sobre España —poemas, narraciones, obras dramáticas, testimonios, crónicas, ensayos, artículos periodísticos, encuestas y manifiestos— como en la época de 1936 a 1939. La guerra (in)civil ahondó las nuevas relaciones con la América hispana —más fraternales que paternalistas— promovidas por la República desde 1931, y cristalizó de manera dramática la polarización ideológica que cada país experimentaba en el contexto del hundimiento económico de la Gran Depresión.

La colección «Hispanoamérica y la guerra civil española» tiene dos líneas. La primera consiste en una serie de estudios y una recopilación de documentos sobre el impacto de la guerra civil en los intelectuales de los distintos países de Hispanoamérica; la segunda se dedica a estudios monográficos sobre aspectos diversos de la repercusión de la guerra en intelectuales hispanoamericanos. En la primera de estas líneas, se ofrece una especie de radiografía del campo intelectual del país en cuestión entre los años 1936 y 1939, en el cual las luchas propiamente «intelectuales»

convivían con las vicisitudes de la política interna y con las tensiones internacionales. Los textos recopilados pertenecen a distintos géneros literarios, aunque destacan notoriamente la poesía y las diversas formas de prosa no ficcional. Conviene señalar que en el contexto altamente politizado de los años treinta, el término «intelectual» resulta necesariamente elástico: los creadores y los políticos se codeaban constantemente en la prensa escrita. Para nuestra Colección, intelectual es toda persona que participó con la palabra escrita en el debate de ideas sobre la guerra civil. Un ciudadano atrapado en España a comienzos de la guerra, que vuelve a su país natal y cuenta su testimonio, posee una voz de prestigio en el contexto del conflicto y para un público lector hambriento de noticias frescas, se convierte, brevemente, en intelectual. Por otra parte, al clasificar a los intelectuales por países, nos hemos encontrado evidentemente con figuras «problemáticas». El poeta hondureño Roberto Sosa hablaba de «escritores en litigio», escritores «reclamados» como suyos por países diferentes. Lo cierto es que resulta a veces difícil determinar en qué momento (por ejemplo) un intelectual de origen español pero residente en Hispanoamérica deja de ser español. Nuestra postura ante el problema es de flexibilidad. Por último, conviene señalar que incluimos en la sección de Documentos editoriales tomados de periódicos y revistas, en vista de su protagonismo incontestable en el debate de ideas sobre la guerra.

Se ofrece una presentación individual de cada uno de los intelectuales y medios de comunicación recopilados. En cuanto a la edición de los textos, hemos actualizado la ortografía y hemos intentado unificar criterios y corregir los errores y erratas más flagrantes. Hemos prescindido de una cronología de la guerra civil y de un glosario final, convencidos de que los lectores de hoy gozan de un acceso muy fácil a esa información.

Esta colección, y los años de investigación que hay detrás de ella, han sido posibles gracias al proyecto de investigación «El impacto de la guerra civil española en la vida intelectual de Hispanoamérica», que ha sido financiado sucesivamente por el Ministerio de Educación y Ciencia (2007-2011, ref.: HUM2007-64910), el Ministerio de Ciencia e Innovación (2012-2015, ref.: FFI2011-28618), el Ministerio de Economía y Competitividad de España (2016-2018, ref.: FFI2015-65917-P) y desde 2019 por FEDER/Ministerio de Ciencia e Innovación – Agencia Estatal de Investigación (ref.: PGC2018-098590-B-I00).

EN EL ARDIENTE AMANECER DEL MUNDO

Envidiamos a México [...]. Por todas partes resuena el nombre de México, en todos los labios nacen bendiciones al pueblo hermano que ha sabido portarse notablemente con la España madre en sus días de aflicción.

Vicente Huidobro

El verso de Octavio Paz que encabeza este epígrafe, extraído del poema «Elegía a un compañero muerto en el frente de Aragón», revela cómo la guerra civil española despertó en la conciencia de los intelectuales el sentimiento de estar viviendo el alumbramiento de una nueva etapa en la historia de Occidente. En el tablero español se jugaban los destinos del mundo, y cada movimiento de las piezas en liza venía acompañado de un análisis minucioso por parte de la diplomacia, la política, la prensa y la cultura mexicanas. Tanto en la opinión pública como en los círculos políticos e intelectuales, el asunto español generó reacciones, comentarios y conjeturas de toda índole, pero un pensamiento común recorría a izquierda y a derecha el espectro ideológico y electoral del país: el porvenir de México resultaba ya inseparable del de la propia España, pues del desenlace de la guerra dependerían en gran medida la deriva socioeconómica y las políticas internas de una nación que hasta ese momento, y desde el estallido la Revolución en 1910, había permanecido prácticamente aislada en el plano internacional.

Los vínculos históricos con la Madre Patria y el largo pasado compartido contribuían decisivamente a ello, y durante los tres años que duró la guerra civil, México se contempló en el espejo de España tratando de forjarse una imagen de sí mismo acorde con los nuevos tiempos. Si el resto de los países hispanoamericanos vieron de manera similar una creciente hostilidad general entre izquierdas y derechas, entre simpatizantes de la II República y del Ejército rebelde, en México la pugna entre ambas tendencias alcanzó tal grado de apasionamiento que amenazó con trasladar a su territorio la propia conflagración bélica, pasando de las meras palabras a los hechos. Los episodios más sangrientos del largo periodo revolucionario aún permanecían vivos en el imaginario colectivo,

y las instituciones políticas y militares estaban lejos de detentar una estabilidad que pudiera desterrar de manera enérgica y sin asomo de duda el fantasma de una guerra civil mexicana. Para los sectores más radicales del sistema cultural, la realidad socioeconómica y política de ambos países presentaba tantas analogías que, lejos de resultar descabellada, esta última posibilidad parecía, incluso, de una inminencia ineludible. En un acto multitudinario de apoyo al Gobierno de la II República celebrado en el Teatro Principal de Ciudad de México el día 26 de julio de 1936, el propio embajador español, Félix Gordón Ordás, afirmaba hablar

en nombre de mis hermanos y hermanos vuestros también, que en España luchan por defender la libertad y el porvenir de la República [...]. Otro día, otros días, hablaré con vosotros de gran cantidad de problemas que hay en España, y cada uno de vosotros estará pensando que este hombre ha recorrido México y está hablando de los problemas de México, porque hasta este punto es similar vuestra situación a la nuestra («La rebelión fascista en España», *Futuro*, 6, agosto 1936).

Otro de los participantes en dicho mitin, el secretario general de la Confederación de Trabajadores de México, Vicente Lombardo Toledano, no había dudado en solicitar al Gobierno de Lázaro Cárdenas que se dispusiera a armar al pueblo con el objeto de crear unas milicias obreras que, a imagen de las españolas, detuvieran el auge del fascismo; declaraciones que provocaron un escándalo público y que precipitaron a los sectores más conservadores de la sociedad mexicana a organizarse a su vez en asociaciones, partidos y grupos de acción directa. México era un polvorín, alimentado por una prensa que, en la mayoría de los casos, pertenecía a los grandes grupos empresariales, cuya ideología reaccionaria hostigaba abiertamente al régimen revolucionario y luchaba por tumbar todas y cada una de las medidas y reformas de signo progresista implantadas por el Gobierno de Cárdenas.

En este contexto, no es de extrañar la virulencia de los ataques, y la guerra española devino arma arrojadiza predilecta en manos de unos y otros. En Barcelona, en Somosierra, en Brunete, en Málaga o en Teruel, se confrontaban una serie de valores de alcance universal, y el Gobierno mexicano, desde un principio, tomó partido por los que encarnaba la España republicana. En efecto, es de dominio común el papel jugado por el Gobierno mexicano presidido por Lázaro Cárdenas en la guerra civil española. Su apoyo absoluto y desinteresado a las instituciones legítimas presididas por Azaña, relativo no solo al plano político y militar sino a

los órdenes diplomático y humanitario, acepta pocos matices y revisiones, por más que la bibliografía que el fenómeno ha generado haya sido sorprendentemente escasa, limitada a cuatro estudios monográficos: en 1955 apareció *Mexico and the Spanish Republicans* de Lois Elwyn Smith; luego en 1981 *Mexico and the Spanish Civil War* de T. G. Powell; en 1999 *Las raíces del exilio: México ante la guerra civil española*, de José Antonio Matesanz; y ya en 2004 *México y la Guerra Civil española* de Mario Ojeda Revah. Estas dos últimas obras, mucho más documentadas y ecuánimes en sus presupuestos teóricos e ideológicos, han constituido una guía esencial para comenzar a enfocar el presente trabajo, si bien el asunto central que nos ocupa, que no es otro que el impacto de la guerra en la intelectualidad, apenas sea abordado por Matesanz y Ojeda más que de pasada.

El papel de México en la guerra civil cobra mayor dimensión si se tiene en cuenta que la solidaridad mexicana para con la República española resultó única en el contexto americano, pues la mayoría de los Gobiernos del continente se mostraron, a grandes rasgos, a favor del bando nacional. Y no solo en la América de habla española, pues a fin de cuentas México fue, con la excepción de la Unión Soviética, el único país del mundo que auxilió con sus palabras y sus actos a la acorralada República.

Para unos, la decisión de Cárdenas significó un hecho de raíz idealista, puro altruismo en defensa de una democracia amenazada por el fascismo y de un pueblo en armas frente a sus agresores seculares: Ejército, Iglesia y clases privilegiadas. Para otros, el apoyo del Gobierno mexicano a la II República respondía, sin excluir una buena dosis de solidaridad ideológica, a otra serie de intrincadas motivaciones entre las que no ejercía poca influencia la situación de desequilibrio padecida frente al poderoso vecino estadounidense. Condenar la injerencia de potencias extranjeras —la Alemania nazi y la Italia fascista— en España debía redundar para México en un beneficioso debate a propósito del imperialismo en pleno siglo xx, y la Sociedad de Naciones resultaba, en ese momento, el marco ideal para llevarlo a cabo. De esta manera, conviene recordar que la toma de postura del Gobierno mexicano en favor del republicanismo español significó, a fin de cuentas, no solo el fortalecimiento de los nexos bilaterales entre ambos países según una misma óptica política e ideológica, sino la consolidación de la diplomacia mexicana en el panorama internacional por vez primera desde la Revolución, confiriendo al país un prestigio del que hasta entonces carecía. Al mismo tiempo, México se granjeó las suspicacias de los países totali-

tarios, que vieron en el apoyo mexicano a la República una intromisión inaceptable en los asuntos europeos. La valentía mostrada al respecto por los portavoces mexicanos en la Sociedad de Naciones admite poca duda. Narciso Bassols, por entonces enviado de México ante el Reino Unido y representante de su país en dicho organismo, declaraba en un discurso pronunciado a finales de septiembre de 1936:

Apoyado en sólidas bases jurídicas y de comprensión del problema del Gobierno español —pues México ha sufrido en el curso de su historia el azote de cuartelazos antisociales—, el Gobierno de México definió desde luego su política de cooperación material para con el Gobierno legítimo de España, que tenía enfrente el hecho crudo de una sublevación militar. Esta línea de conducta cae dentro del ejercicio de nuestra soberanía propia y se basta a sí misma por su claro apoyo en el derecho, de tal manera que ni siquiera la examinaríamos en esta tribuna internacional si no fuera porque, como dejamos expuesto, el fenómeno político español ha planteado agudamente la urgencia de que, también en este otro aspecto de la actividad natural de la Sociedad de Naciones, se busquen los medios de lograr la aplicación eficaz de las reglas jurídicas vigentes. México cumple su deber al venir a señalar en esta asamblea la necesidad de evitar el peligro que encarna el hecho de que, en vez de progresar el Derecho Internacional, se produzcan manifestaciones de retrogradación jurídica («La Voz de México en Ginebra», *Futuro*, 8, octubre 1936).

Sin embargo, el apoyo del Gobierno cardenista a la España republicana no contó, evidentemente, con el consenso de toda la sociedad mexicana. Si desde las instituciones gubernativas, los sindicatos obreros y los partidos y organizaciones socialistas y comunistas se secundó y retroalimentó esta decisión, por parte de los emergentes partidos y agrupaciones derechistas, de un sector de la Iglesia católica, de los grandes empresarios y latifundistas, de las clases medias y altas y de los círculos intelectuales hispanistas fue el bando franquista el que contó con todas las adhesiones, alimentando la esperanza de que en México un alzamiento militar similar al español antepusiera de nuevo las viejas tradiciones hispánicas al bolchevismo que supuestamente trataban de implantar las propias estructuras estatales.

El mundo de la literatura recogió el testigo y a lo largo del sexenio cardenista surgieron desde todos los ámbitos imaginables voces que clamaban contra lo que consideraban la insurrección fascista en España o que, por el contrario, celebraban cada victoria del bando nacional como

si se tratara de una derrota del propio Gobierno mexicano. Artículos, ensayos, poesía, cuento y novela, obras de teatro y guiones cinematográficos, no hubo género que no se pusiera al servicio de una ideología en liza, elaborando un canon estético que se amparaba en la propia urgencia de los acontecimientos históricos y en la necesidad de operar como plataforma para un cambio en las estructuras sociales. En su momento de máximo esplendor, coincidente con el primer año de guerra en España, la literatura social mexicana corroboró, con pretensiones excluyentes, la vigencia de un paradigma que venía asentándose y debatiéndose en todo Occidente desde la gran crisis del 29. También en este sentido, México se incorporaba de manera definitiva a la plena modernidad favoreciendo en su sistema cultural un escenario para el diálogo y la controversia en el que los autores nacionales se codeaban de igual a igual con sus homólogos extranjeros.

Camino de cumplirse el 90 aniversario de la guerra civil, muchos de sus mitos, sus luces y sus sombras no han perdido actualidad en el ideario colectivo de una gran parte de españoles y de mexicanos, en buena medida debido a la visión que de ella nos dejaron los intelectuales de uno y otro signo político. En este libro figuran alrededor de un centenar de escritores y escritoras que contribuyeron con sus obras a intentar explicar la guerra civil española desde una perspectiva mexicana. Algunos han pasado a la historia de la literatura en lengua española y forman parte del canon contemporáneo: Octavio Paz, Carlos Pellicer, José Vasconcelos, Alfonso Reyes, Elena Garro... Otros han tenido menos fortuna y permanecen aún en el olvido, a veces de manera completamente injustificada. Todas y todos resultan igual de pertinentes y útiles al propósito de esta obra, que no es otro que el de mostrar, con la fidelidad que otorgan las propias fuentes primarias, un panorama lo más íntegro posible del impacto de la guerra civil española en las letras mexicanas, cuando el amanecer del mundo ardía en cada verso y cada línea y se escribía quemándose los dedos.

MÉXICO EN LA «DÉCADA ROJA»

La crisis desatada a nivel mundial a raíz del colapso de la bolsa de Nueva York en 1929 coincidió en México con las elecciones presidenciales más polémicas de su historia, cuando el 17 de noviembre el candidato impuesto por el «Jefe Máximo de la Revolución» Plutarco Elías Calles, el abogado Pascual Ortiz Rubio, derrotó —con una ostensible manipulación

de los resultados— al otro aspirante, José Vasconcelos. En marzo de ese año se había fundado el Partido Nacional Revolucionario, iniciándose así el periodo conocido como México posrevolucionario, con el que se pretendía dar por finalizada la etapa caudillista de la Revolución. Durante el llamado «Maximato» —el sexenio que se prolonga hasta el triunfo de Lázaro Cárdenas en las elecciones de 1934—, diferentes mandatarios fueron sucediéndose para poner en práctica las políticas del callismo con el consiguiente viraje de la Revolución hacia un paulatino conservadurismo institucional. Calles, que había presidido el país entre 1924 y 1928, en unos años de intensa reconstrucción nacional, se había significado por ser un ferviente anticlerical y había aplastado por la fuerza de las armas la Guerra Cristera que desangró la mitad del país entre 1926 y 1929. Más allá del conflicto religioso, sus reformas se habían dirigido a la profesionalización del Ejército, a sentar las bases militantes que posibilitaran la posterior fundación del PNR, y a intentar solventar la deuda económica con los Estados Unidos. Su idea de un Estado fuerte, centralizado, de raigambre populista, condujo a cierta estabilidad social y económica. Sin embargo, la coyuntura de su «presidencia en la sombra» a partir de 1929, junto al impacto de la crisis mundial, que se dejó sentir en México en la misma medida en que lo hacía en el resto del continente, resultaba, pues, bien diferente. Los sucesivos presidentes del Maximato —el interino Emilio Portes Gil (1928-1930), el precitado Ortiz Rubio (1930-1932) y su sucesor Abelardo L. Rodríguez (1932-1934)— tuvieron que afrontar un periodo de inestabilidad en todos los ámbitos de la política, la secularización de la sociedad, las finanzas y las relaciones laborales.

En este contexto fueron desarrollándose y ganando peso en la política nacional diversos movimientos a izquierda y a derecha cuya radicalización aumentaba a medida que los efectos de la crisis se hacían más notorios y las medidas gubernamentales, no exentas de contradicciones, no lograban satisfacer las aspiraciones de unos y otros. A la caída de las exportaciones derivadas de la agricultura comercial y los problemas del mundo agrario, con una reforma que no lograba poner en práctica las promesas revolucionarias de un reparto equitativo de las tierras ni el definitivo impulso hacia la industrialización más allá de los Estados del norte, se sumaba el creciente desempleo urbano y un enquistado problema religioso que amenazaba, en momentos puntuales, con desencadenar una segunda guerra cristera. Las compañías extranjeras seguían monopolizando las explotaciones mineras y petroleras, beneficiándose de una carga impositiva mínima mientras pagaban a sus empleados nacionales

unos sueldos que apenas les permitían traspasar el umbral de la mera subsistencia. Si en cierto sentido la crisis había favorecido a las arcas de una burguesía incipiente, los movimientos populares demandaban un reformismo a nivel estructural que terminara con los desequilibrios sociales. El Partido Comunista Mexicano vivió un incremento exponencial de sus bases militantes a principios de la década de los treinta, convirtiéndose en una verdadera fuerza política que era capaz de hacer tambalear al Maximato. En el propio seno del Gobierno se había producido, a la altura de 1933 y mientras se formulaba el primer Plan Sexenal, un cisma entre los conservadores, identificados con el declinante callismo, y los radicales, agrupados alrededor de la figura del general Lázaro Cárdenas. Sorprendentemente, Calles eligió a este último como su candidato para las elecciones presidenciales de 1934, con la esperanza de poder manejar a su antojo a un joven militar de escasa experiencia política. Cárdenas triunfó en las elecciones y tomó posesión de su cargo en diciembre de 1934, pero a los pocos meses ya demostró que no estaba dispuesto a ser otra marioneta de Calles enfrentándose abiertamente al Jefe Máximo hasta obligarlo a abandonar el país en 1936.

El sexenio cardenista (1934-1940) se caracterizó por proyectar profundas transformaciones sociales y llevar a cabo una serie de «experimentos», como las reformas agrarias y educativas o la nacionalización del petróleo que llevaron a México a la cabeza de los países latinoamericanos, pese a la radical oposición de una extrema derecha en auge, tanto religiosa como laica. Sus primeras medidas se dirigieron a tratar de aplicar al fin la reforma agraria revolucionaria, entregando más de veinte millones de hectáreas a los agricultores sin tierras —más del doble de la suma de todos los presidentes anteriores juntos— y armas para protegerlas en caso de una insurrección por parte de los terratenientes. Con los repartos ejidales se pretendía favorecer la pequeña propiedad y minimizar el acaparamiento económico —y político— de las viejas oligarquías. Para ello también se promovió la creación de cooperativas de pequeños propietarios con el fin de erradicar los grandes latifundios. En el plano industrial, debe tenerse en cuenta la misma pugna por desintegrar en la medida de lo posible los monopolios nacionales y extranjeros. Cárdenas intentó minimizar el número de empresas que venían monopolizando en exceso la producción y obteniendo con ello beneficios que consideraba desorbitados, un hecho que tendría su máximo exponente en la nacionalización de las compañías petroleras efectuada en marzo de 1938. En cuanto a las reformas orientadas a resolver los problemas

del mundo obrero, el plan sexenal pretendía instaurar amplias mejoras salariales y dotar de unidad al movimiento incluyéndolo en las propias estructuras del partido en el Gobierno mediante una sindicalización total de sus bases. El número incesante de huelgas toleradas —y en muchos casos incentivadas— por el Gobierno durante los dos primeros años del mandato cardenista puso en guardia a la patronal. Pese a que en ningún caso se proponía la abolición de los modos de producción capitalistas ni la propiedad privada, amplios sectores de industriales y comerciales, tanto nacionales como extranjeros, se sintieron atacados a traición por el Estado, y pusieron en marcha todos los mecanismos posibles para revocar las reformas del plan sexenal. A ello debe sumarse la implantación en todas las escuelas del país de la llamada «Educación socialista», que muchos colectivos religiosos y familiares consideraban poco menos que un alarmante programa para sovietizar México sirviéndose de sus propios hijos. La retórica radical, muy próxima a los dogmas marxistas, esgrimida desde el propio Gobierno contribuyó poco a calmar los ánimos soliviantados de aquel segmento de la sociedad mexicana más apegado a los valores tradicionales.

Así, en una coyuntura estigmatizada por la oposición radical entre comunismo, fascismo y liberalismo, y ante el ascenso de la ultraderecha, el cardenismo optó por protegerse desde dentro y reforzar sus bases ideológicas, militantes y sindicales mediante la incorporación a sus filas y estamentos públicos de todas las fuerzas izquierdistas del panorama político, sin excluir a los temidos comunistas. Fueron a partir de entonces muchas las voces que auguraron la viabilidad de un conflicto similar al español en territorio mexicano, sobre todo aquellas provenientes de los sectores sociales más ideologizados y radicalizados, y muchas más aquellas que justificaban sus temores en base a las similitudes que el cuerpo social mexicano mantenía con el español. El México de 1936 presentaba una tasa del 50% de analfabetismo, unos medios rurales semifeudales, una escasa producción industrial... a fin de cuentas, demasiados parecidos para no mantenerse alerta y no seguir con la atención debida el desarrollo de la guerra civil española, al menos por parte de los ciudadanos con acceso a la cultura y a la información.

Todos los factores enunciados hasta aquí muestran, con sus luces y sombras, el proceso de intensa modernización experimentado por la sociedad mexicana tras un largo y convulso periodo posrevolucionario marcado por el caudillaje militar. Sin duda, la mayor estabilidad de las instituciones estatales y de un aparato político sólido, apoyado en

la incorporación de los sindicatos y de una amplia masa de militantes, posibilitó la rotunda postura izquierdista del Gobierno mexicano tanto en su programa nacional como en su política exterior respecto a España, por muy presidencialista que pudiera ser el Ejecutivo cardenista. No es este el lugar para intentar discernir sus aciertos y errores, tema que viene generando desde entonces una intensa y controvertida bibliografía a disposición del interesado.

DE MADRE PATRIA A HERMANA ROJA: LA PROCLAMACIÓN DE LA II REPÚBLICA ESPAÑOLA EN MÉXICO Y SU REPERCUSIÓN EN LAS RELACIONES BILATERALES

Las tensas relaciones políticas, diplomáticas, comerciales y culturales entre la vieja metrópoli y su antigua colonia vieron un giro drástico con la proclamación, el 14 de abril de 1931, de la II República española. A grandes rasgos, y a lo largo de todo el periodo que arranca desde la misma Independencia mexicana, los vínculos habían estado lastrados por las desavenencias entre los distintos Gobiernos de uno y otro país. Desde 1821, en México habían primado los intereses económicos y la influencia política de Estados Unidos, Gran Bretaña y Francia, y la ruptura y el restablecimiento de relaciones diplomáticas con España marcó todo el siglo XIX.

Algo cambió con la crisis del 98, al menos en el ámbito cultural. Sin duda, la derrota de España frente a los Estados Unidos suscitó un anhelo de acercamiento a la Madre Patria como reacción a la amenaza del nuevo y creciente imperialismo norteamericano. Aunque el Gobierno mexicano se había mantenido oficialmente neutral en la guerra hispano-norteamericana, en amplios sectores de la población, con los intelectuales y escritores a la cabeza, se despertó un sentimiento de hispanofilia, solidario con las heridas españolas y orgulloso de su pasado común, así como un ansia de unión latinoamericana que en el plano literario quedó documentado en lo que unos llaman *arielismo* y otros, de manera más extensa, *mundonovismo*. No obstante, dicho sentimiento, al menos en México, fue diluyéndose pronto, y a partir de 1910, con el estallido de la Revolución, las viejas inquinas no tardarían en manifestarse, hasta el punto de hacer señalar a la mayoría de estudiosos de la época que la hispanofobia mexicana del siglo XIX llegó verdaderamente a su apogeo con la propia Revolución, que sería rechazada de plano por amplios sectores de la política y la cultura españolas.

Desde la óptica de la España tradicionalista, había que remontarse a los tiempos de la Independencia para buscar las causas de la Revolución,

entre las que se señalaban el influjo de las ideas ilustradas, del republicanismo estadounidense y del liberalismo de raíz británica. Era una tríada de males endémicos a cuyo influjo había que sumar el de las ideas anarquistas importadas por la propia inmigración española de extracción popular más humilde. Todo ello había terminado por desencadenar en México la tragedia, la anarquía y el terror revolucionario. A lo largo de los años veinte, la diplomacia española expresó sin ambages su frontal rechazo y su desprecio por los sucesivos Gobiernos revolucionarios y sus mandatarios, a quienes juzgaba poco menos que una turba de advenedizos y bandoleros sin escrúpulos cuyo único objeto era enriquecerse a costa de los recursos nacionales. El ferviente nacionalismo revolucionario, convertido en ideología oficial y, a través de la educación, en mentalidad oficiosa del país, con sus ramificaciones y expresiones indigenistas y anticlericales, alimentó los recelos incluso entre la propia clase liberal española, acaso con la ilustre excepción de Ramón del Valle-Inclán, cuyos incendiarios ataques y burlas contra los gachupines y su glorificación del indio presentes en su *Tirano Banderas* (1926) provocaron un considerable escándalo a ambas orillas del Atlántico. Valle había vuelto a México como invitado a los fastos del centenario de la Independencia, y de este segundo viaje se trajo consigo una visión idealizada de la Revolución y, en particular, de Álvaro Obregón, así como una imagen directa con la que trazar el perfil esperpéntico de la comunidad española, avara y confabulada con el tirano, representada por personajes como Don Teodosio, «un estanciero español, señalado por su mucha riqueza, hombre de cortas luces, alavés duro y fanático, con una supersticiosa devoción por el principio de autoridad que aterroriza y sobresalta. —Don Teodosio del Araco, ibérico granítico, perpetuaba la tradición colonial del encomendero» (*Obra completa I*, p. 993).

Buena parte de los desencuentros diplomáticos entra ambos países se gestaron a raíz de la ley agraria promulgada por Álvaro Obregón en 1921, cuyas consecuencias inmediatas derivaban en la confiscación de vastas extensiones de tierras a sus antiguos propietarios españoles. Para la comunidad española, se trataba de un expolio ilegítimo, y desde entonces puso sus esfuerzos en reclamar por vía diplomática la inmediata devolución —o una compensación económica por el mismo valor— de las mismas. Esta querella habría de tener en vilo durante las décadas siguientes a las legaciones de ambos países y nunca sería completamente resuelta.